

# LA TRADICIÓN

PERIÓDICO CATÓLICO MONÁRQUICO

DIOS PATRIA REY

## RECUERDOS

### IMPRESIONES

Días pasados se cumplieron dos años de la pérdida de nuestra escuadra en Cuba, pérdida a la que acompañaron tantas vilezas y vergüenzas, tantos vilipendios é ignominias para la pobre España, como los experimentados en nuestros desastres coloniales.

Cuba y Filipinas!... ¡Juventud española sacrificada, inútilmente más por el clima que por las balas!... ¡Tropas españolas vencidas sin combatir!... ¡Paz deshonrosa!.....

De todo esto ya no se acuerda nadie, sobre todo los que por decoro debieran al menos simular tenerlo presente, aparentando que deploraban sus imprevisiones y cosas peores de ayer, con el fin de sacar alguna enseñanza provechosa para mañana.

«Aquí no ha pasado nada, y á divertirse tocan». Eso, si no lo dice, lo hace actualmente la España liberal.

Ahora parece que se ha dado el nombre de escuadra á los restos de la destruida: ¡tres ó cuatro avisos en más ó menos buen estado y un crucero que no se dice cuando se irá á pique!

En el mejor de estos avisos, el *Giralda*, se embarcaron estos pasados días las instituciones que de hecho nos rigen, con objeto de dar un paseo marítimo y visitar unas cuantas poblaciones en las que los festejos han sido espléndidos, resultando como es de suponer bastante costosos, por más que el verdadero entusiasmo no haya podido comprarse.

Acompañando á D.<sup>a</sup> Cristina y D. Alfonso han ido algunos ministros, y entre ellos como *almirante* el Sr. Silvela.

Como sucesor de Cervera en Santiago de Cuba, no está mal el tal *almirante*!

Camino de China, á combatir por los enemigos de nuestra religión y cultura, está nuestro Augusto Príncipe Don Jaime.

Modelo de Principes es este, mejor dicho, es el una excepción en su clase!

Que Dios le conserve para nuestro futuro porvenir.

LEONCIO.

## La Civilización Liberal

«Aquí nadie sabe nada. Los curas extienden su sotana por el horizonte del saber. La única ciencia posible consiste en saber rezar: Si no fuera por la civilización liberal, España sería un pueblo salvaje!»

Esta es la teoría de los civilizados y sabios del liberalismo fosforescente.

Vivía en Madrid, en el propio Madrid, como si dijéramos en la cuna y punto de atracción de tanto civilizado, un médico.

Este médico ha encanecido trabajando, estudiando y educando á los colegas de otros países, extraños á España. Con su solo esfuerzo, su constancia y escasísimos medios logró hacerse un nombre reputado, reverenciado, admirado fuera de España.

En Madrid, de donde salían los libros, revistas, experimentos y consejos, no le conocía nadie del elemento oficial que priva en centros, ministerios y direcciones.

Es decir que el *sabio* Cajal era en absoluto desconocido de los otros *sabios* y *civilizados* del liberalismo.

Prueba esto lo que dice *El Español* de Madrid por medio de las siguientes líneas:

«Hace algunos años, un orador elocuente del partido liberal, que por entonces era ministro de Fomento, recibió una carta de Londres en que nuestro embajador le decía que andaba por la metrópoli inglesa un tal Ramón y Cajal, á quien todos los sabios obsequiaban mucho, y que no tenía medios apenas de presentarse en público y corresponder á aquellos agasajos rendidos á su excepcional talento. Se buscó en los registros oficiales, y se vino en conocimiento de quién era el tal Ramón y Cajal, y se le envió de mala manera un puñado de pesetas con que atender á su presentación en público.»

No por eso escarmentaron los *sabios*. El Dr. Cajal á pesar de sus notorios triunfos en la ciencia seguía ignorado de los Cánovas, Sagasta, Silvela, Romero Robledo y del *non plus ultra* de los sabios de espada en cinto el general de Sagunto, don Arsenio Martínez Campos.

Ultimamente reuniéronse en París casi todos los sabios de medicina que en el mundo son, y sin asesorarse de los sabios de por acá levantaron al Sr. Cajal por encima de sus cabezas, prestando ferviente homenaje á su saber.

Ha sido preciso una distinción de esa naturaleza para que los sabios y liberales se apearan del burro y descubrieran al Dr. Cajal.

Así, pues, queda probado una vez más que cuando los liberales españoles hablan de los *oscurantistas* y *retrogradados*, saben muy bien donde les aprieta á ellos la herradura.

## Anarquistas de guante blanco

Para que los anarquistas dinamiteros, de puñal y revólver, se convenzan de que no culpamos á ellos solos de los crímenes que indudablemente perpetrarán á impulsos de un fanatismo sin ejemplo en la histo-

ria, reproducimos á continuación un diálogo, que pone en cueros vivos á los verdaderos culpables de este y otros males gravísimos con que la Justicia divina azota á las prevaricadoras sociedades modernas.

D. Frasquito Menotti de la Lira, de procedencia italiana, afautado en el decir, orgulloso en el hacer, irreprochable en sus maneras, liberal para los carlistas y carlista para los liberales, hombre de Cofradías y hasta de propaganda católica á secas, de los que á sí mismos se califican de *impolíticos*, no por lo que á la educación respecta, sino por cuanto á los partidos militantes se refiere, se horripila, con muchas erres, ante la más ligera alusión á los anarquistas, que son supesadilla, lo único que le roba el sueño y aun le pone sin color en las mejillas. Lo cual no es obstáculo para que se enamore de los segundos apellidos, hasta el punto de que sus enemigos dicen de Don Frasquito que no sabe tocar más instrumento que la *lira*, equivalente á la peseta española. Pues bien; entre D. Frasquito y un servidor de ustedes, como dicen los estudiantes provincianos, hace pocos días tuvo lugar el siguiente diálogo:

—Pero ¿ha visto usted, Peyrolón, cosa más horrible? Primeramente Rayachol, luego Pallás, después Vaillant, Casserio á Carnot, Angiolillo á Cánovas, Lucheni á la emperatriz Isabel de Austria, y ahora Cayetano Plessi á Humberto, tan bueno, tan pacífico, tan tolerante. ¡Eso es espantoso, horrible!

—Verdaderamente, D. Frasquito, que eso pone los pelos de punta, por supuesto no á los calvos como yo, que tenemos además la ventaja de que nadie puede tomarnos el pelo.

—Pues permítame usted que le diga, Peyrolón, que esas bromitas no sientan bien entre tantos escombros y sangre.

—Verdad es, D. Frasquito; pero ¿qué quiere usted?, cada uno tiene su genio y su manera de discutir; usted se asombra y hasta se horripila del anarquismo, y yo me quedo tan fresco como cuando uno de mis alumnos saca una consecuencia legítima de determinadas premisas que al escolar se le dan hechas. El olmo no puede dar peras, y si usted se horroriza del hijo, más horror me causa á mí el padre.

—Pero ¿qué padre?

—El de la criatura, el del anarquismo.

—Y ¿quién es, si puede saberse?

—Pues ¿quién ha de ser, bendito de Dios? El liberalismo.

—¿Qué Peyrolón éste! Siempre de buen humor.

—Se equivoca usted de medio á medio; hablo en serio, y sostengo que el liberalismo es el padre de la criatura que tanto asusta á los liberales mismos. Por eso cuando se hace patente la filiación se ponen lividos, furiosos, como si la conciencia les remordiera de haber engendrado á monstruo semejante, y no sabiendo cómo defenderse ni de qué manera sincerarse, echan por el atajo del absurdo, y ¿á quién dirá usted que cuelgan el mochuelo?

—¿A los carlistas quizás?

—No, señor, á los mismos jesuitas en persona.

—¡Qué atrocidad!

—Atrocidad y todo lo que usted quiera, el despropósito corre, y el absurdo es hijo de que no saben cómo sacudirse la mosca.

—No exageremos, amigo Peyrolón, no exageremos; tan despropósito me parece que los jesuitas sean los autores de los crímenes anarquistas como que sean producto del liberalismo.

—Nada, pues, más fácil de probar, en mi concepto. Al liberalismo debemos todas esas mal llamadas libertades, que son verdaderos libertinajes, como la libertad de pensamiento, la libertad de la tribuna y de la prensa, la libertad de conciencia y la de cultos, etc., etc. Esas libertades y propaganda impia, no solamente toleradas hasta por los partidos liberales más conservadores, sino protegidas y amparadas por las Constituciones y Códigos de los países á la moderna, poco á poco han dado al traste con las creencias religiosas de las muchedumbres, han socavado el principio de autoridad hasta sus cimientos, han adulterado la familia quitándole su carácter religioso y dándole otro meramente civil, han puesto en tela de juicio la legitimidad de la propiedad soliviantando las concupiscencias de los proletarios, han hecho creer al pueblo que paga y que sufre, que él y nadie más que él es la fuente del poder y de la soberanía, y por fuerza, sentadas todas estas premisas, la lógica natural se ha encargado de irsacando las consecuencias, y el liberalismo, en el orden religioso, produjo primero el ateísmo del Estado, por aquello de que las naciones no tienen alma; luego la indiferencia de las muchedumbres, más tarde la incredulidad en el orden sobrenatural y en la vida futura, á continuación el desordenado apetito de goces en la vida presente, la instintiva aspiración á las riquezas y á la propiedad para poder tomar parte en el banquete de la vida, de aquí el socialismo de los de abajo, sostenido por el socialismo de los de arriba, y por último, el anarquismo que, como todo el mundo sabe, reconoce su causa inmediata ó próxima en una escisión habida entre el colectivista Carlos Marx, jefe de los socialistas alemanes, y los rusos Bakounine y Kropotkine, jefes de los nihilistas y anarquistas.

—¡Anda, chiquito, anda! Es usted terrible, Peyrolón, y con usted no se puede discutir.

—Deshaga usted, pues, el argumento, y pruébeme que el liberalismo no ha tenido ni tiene arte ni parte en eso.

—Yo lo único que le digo á usted es que esto es horrible, y que con cien vidas que tuvieran cada anarquista no pagaba crímenes tan horribles.

—Convenido; pero para mí son cien veces más horribles todos los anarquistas de guante blanco que los de blusa y dinamita en mano.

—Anda, anda, chiquito, aquí no pego. Pero ¿dónde están, quiere usted decirme quiénes son esos anarquistas de guante blanco que se le han montado á usted en la nariz?

—Con mucho gusto, D. Frasquito. Son anarquistas de guante blanco, en primer lugar, todos los liberales que saben lo que llevan entre manos y proclaman pomposamente esa secularización de la conciencia humana con su cortejo inseparable de libertinajes irreligiosos, de pensamiento, de la tribuna, de la prensa, de asociación para lo malo, etcétera, etc.; en segundo lugar, son anarquistas de guante blanco todos esos laicistas secularizadores de la enseñanza en sus diferentes grados, que educan á las generaciones del porvenir en la más supina

## SECCION AGRICOLA

### Importante invención para los agricultores

Consiste esta en un aparato, llamado cañón granifugo, que tiene por objeto lanzar una columna de aire, por medio del disparo, á una altura de 2500 á 3000 metros, perforando la nube tempestuosa, la cual al ser molestada deja caer el agua que contiene en forma de lluvia benéfica en lugar de gruesos granizos.

Cada uno de estos aparatos protege 87 hectáreas de terreno.

La experiencia ha manifestado que cesan el relámpago y el trueno del 5.º al 7.º disparo aún en las tormentas más aparatosas.

Si los disparos no se hacen antes de empezar el pedrisco, á los 12 ó 14 disparos cesa el pedrisco convirtiéndose el temporal en fuerte aguacero.

La instalación de estos aparatos debe hacerse en el centro de la zona que se quiere defender.

El coste del aparato es de 250 pesetas en Italia, los cartuchos metálicos valen 5 pesetas cada uno, y cada aparato necesita 10; cartuchos que sirven indefinidamente; aparato verdaderamente barato toda vez que su instalación no llega á 5 reales por cuartera.

Los gastos que cada tormenta puede originar con lo dicho y sabiendo que cada disparo no costa más que 22 céntimos de peseta, podrá calcularlos el agricultor pues no pueden precisarse toda vez que han de ser más ó menos los disparos según la intensidad de la tormenta.

En Italia y en Austria-Hungria hay establecidos ya, dando excelentes resultados, más de 2000 aparatos, en Siria 271, en el Piemonte 440, en Lombardia 515 y en Venecia 565. En Francia se establecerán 50 este año.

Los Gobiernos de Francia, Italia y Austria-Hungria no sólo dan toda clase de facilidades á los agricultores para establecer estaciones de tiro contra el pedrisco, sino que les subvencionan.

El Gobierno de España hace otro tanto?... Tengan presente los agricultores que en España se consideran dichos cañones como máquinas agrícolas, lean la partida 302 del vigente arancel de aduanas y allí encontrarán la respuesta. Pero no importa apesar de los derechos de aduana y de la falta de protección, pueden con todo asociarse los agricultores para comprar é instalar dichos aparatos pues no excederá de 150 pesetas por cuartera.

## CRÓNICA GENERAL

### DEL EXTRANJERO

La Perseveranza ha recibido la siguiente epístola por correo:

Milán 2 de Agosto.

Sr. Director:

Usted podrá escribir en su periódico lo que le parezca, pero el hecho es que el porvenir pertenece á los anarquistas. Ya verá usted, y pronto, cosas notables.

Los soberanos deben desaparecer y también los poderosos, y con ellos los ricos... Los soberanos pueden rodearse de guardias y soldados; pero hemos adoptado un sistema infalible, esto es, el fusil, que dispararemos en las calles, sino desde las ventanas.

Bressi tenía solo cuatro compañeros prontos para acabar lo que él no hubiese podido realizar. En lo sucesivo se elegirán diez, y nada habrá en el mundo que pueda impedir nuestra acción, porque todo estará previsto, y el número de los que se hallan dispuestos á sacrificarse por la anarquía es incontable y aumenta siempre.

Es inútil encargarlo: el porvenir es de los anarquistas. ¡Qué bárbaros!

## DE PALMA

Con motivo del Congreso social y económico hispano-americano de Noviembre en Madrid, la Comisión informadora de la Prensa ha acordado celebrar una Conferencia periodística internacional.

Para asistir á este acto lo mismo el Presidente de la Comisión organizadora del Congreso Sr. Rodriguez San Pedro, que el de la Comisión de la Prensa, D. Miguel Moya, director de *El Liberal*, han tenido la atención de invitarnos, atención á que les quedamos sumamente agradecidos.

Los temas sometidos á la aprobación de la Conferencia son de extraordinaria importancia para la prensa y ha de ser de grandísima utilidad la labor de esta Conferencia si el éxito corona sus esfuerzos.

He aquí los temas que han de ser discutidos y votados:

1.º Tarjeta de identidad; título infalsificable de periodista, que después de adoptarse por las naciones representadas, tendrá fuerza y validez con carácter de reciprocidad en todas ellas.

2.º Rebaja de tarifas internacionales telegráficas para la prensa.

3.º Rebaja en el transporte internacional de periódicos.

4.º Rebaja de los pasajes por vías marítima y terrestre, para los periodistas.

5.º Adopción de todas las soluciones ya votadas por los Congresos Internacionales de la Prensa, que convengan á los fines de esta Conferencia Ibero-americana.

De esperar es que el éxito corone las generosas iniciativas de nuestros compañeros en la Corte.

## Publicaciones Recibidas

### MESTRE FORNARI

Hemos recibido un ejemplar de esta tan moral como chistosa y divertida pieza en verso mallorquin, original del veterano literato D. Pedro de Alcántara Peña.

La recomendamos á sociedades y círculos cuyos fines sean los de instruir deleitando como Dios manda, lo mismo que á los particulares amantes de la literatura regional.

## VARIEDADES

### LA PRUEBA

Ocupado se hallaba en su despacho el banquero D. Julián Arroitia, en contar unos voluminosos fajos de billetes, cuando se presentó uno de sus ordenanzas diciéndole:

— Señor, en la portería hay un pobre hombre que pide con mucha instancia hablar con usted.

— Ya le tengo á usted dicho que no gusto de que se me interrumpa, y que no tengo tiempo que perder oyendo á cualquier importuno que pretenda hablarme; despida á ese individuo, ó que se vea con el jefe de las oficinas.

— Señor, — replicó timidamente el ordenanza — es que trae una carta del señor Atienza para entregársela á usted personalmente.

— ¡Que pase! — se limitó á contestar secamente el banquero, que, según fama, era tan entendido en negocios de banca como hombre de rudo carácter y empedernido corazón.

Salió el ordenanza, y á los pocos momentos se presentó un individuo en el umbral de la puerta.

— ¿Sepuede? — preguntó humildemente.

— ¡Adelante! — contestó el banquero sin dejar de contar los billetes, ni levantar la cabeza.

El otro se adelantó dos pasos y le alargó un sobre que llevaba en la mano, diciéndole:

— El Sr. Atienza me ha dado esta carta para usted.

Entonces el banquero, que había concluido de contar sus billetes, dejó éstos sobre la mesa y murmurando entre dientes: «Alguna recomendación», dirigió una mirada oblicua á su interlocutor cuyo aspecto revelaba á un caballero á

pesar de que vestía muy pobremente, si bien con mucho aseo. D. Julián hizo un gesto indefinible, tomó el pliego que se le entregaba, y rompiendo el sobre leyó la carta que contenía y que era bastante extensa:

Era efectivamente una recomendación al parecer muy sincera, detallando toda la historia del recomendado, persona muy digna, que por una serie interminable de desdichas é infortunios había ido descendiendo hasta la más espantosa miseria; tenía á su esposa enferma, cinco niños, el mayor de diez años, ningún recurso, sin trabajo donde poder ganar, sin prendas que empeñar, y amenazado por el casero de arrojarle á la calle por deber seis meses de habitación, una miserable guardilla en el número 42 de la calle del Amparo. Una historia, en fin, muy lastimosa y capaz de enternecer al corazón menos sensible. Después se extendía en elogios hacia su recomendado, llamado D. Juan González, persona proba, inteligente, instruida y apta para cualquier cargo burocrático, y terminaba rogando al Sr. Arroitia que le diese una ocupación en su casa, pues á la par que hacía una buena obra adquiriría un excelente empleado.

Pero sin duda la fama no mentía, y el corazón del banquero era duro como una roca, pues tiró desdeñosamente la carta sobre la mesa, y pasando por delante de González se dirigió á una caja de hierro, la abrió, y depositó en ella los billetes, que había cogido al dejar la carta, y sin mirar siquiera al desgraciado padre de familia le dijo secamente:

— Bien sabe el Sr. Atienza que no tengo vacante alguna en mis oficinas, y por más que lamento la situación de usted, no puedo hacer nada para remediarla; dígaselo usted así. Puede usted retirarse. — Y sin más miramientos cerró la caja de valores y salió del despacho.

González quedó como petrificado; había sido aquella recomendación su última esperanza, y sentía, además de la pena por el desengaño sufrido, algo así como ira por el grosero proceder del banquero; una maldición estuvo á punto de escaparse de sus labios, y con lágrimas en los ojos, no sabemos si de dolor ó de rabia, y con paso trémulo y vacilante como el de un hombre ebrio, se dirigió hacia la puerta; pero antes de llegar á ella se detuvo súbitamente, y su mirada se fijó en un papel que había en el suelo, ante la caja de valores. ¡Era un billete de cien pesetas! Sin duda se le había caído al banquero al guardar los demás.

¿Qué pasó por González? ¿Qué idea cruzó por su mente?

— ¡Veinte duros! ¡Nadie lo veía! Con ellos tendría para pagar el alquiler que adeudaba, para comprar medicinas á su esposa, pan para sus hijos... ¿Qué eran veinte duros para el banquero? Además, ¿el inhumano y grosero proceder de este no le autorizaba, hasta cierto punto, para quedarse con aquel billete? Aquello era providencial. Era que Dios le ponía aquel dinero á su alcance.

Y González se inclinó y cogió el billete; pero al ir á guardárselo le pareció que algo extraño le oprimía fuertemente el corazón, que los dedos con que sujetaba el billete le quemaban, como si entre ellos en vez del papel tuviese una ascua.

— ¡No, nó! — murmuró el infeliz. No hay disculpa, lo que hago yo es un robo, ¡lo oyes, Juan? ¡un robo!

Nada tienes; estás en la miseria, todo lo has perdido, sólo conservas el honor, puro, limpio, inmaculado... ¡Tu honra, tu única hacienda! ¡la vas á vender por un puñado de duros? ¡Ni aunque fuesen todos los tesoros de la tierra!

¡Juan, tu honra vale más, es el único patrimonio que podrás dejar á tus hijos! ¡Róbaselo también, no les dejes ni aun eso! ¡Insensato! ¿crees que es Dios quien pone ese billete á tu alcance? ¿Y por qué no? ¡Todo es providencial! Me lo, ha puesto en mi camino para probarme; pues, bien, Señor, yo te probaré que soy honrado; dinero tan mal adquirido no podría traer la dicha á mi familia, y mi conciencia gritaría siempre: «¡Ladrón, ladrón...!»

ignorancia acerca de Dios, del cristianismo y de la moral; en tercer lugar, son anarquistas de guante blanco todos los que, con sarcasmo verdaderamente irritante y en nombre de la libertad inventada para su particular uso, disuelven y persiguen las Asociaciones religiosas y se apoderan de sus temporalidades con el mismo derecho con que José María se apoderaba del bolsillo de los viandantes que caían en sus manos; en cuarto lugar, son anarquistas de guante blanco los detentadores del patrimonio de San Pedro y de los demás patrimonios incautados *autoritate qua fungor*....

— Hombre, hombre, Peyrolón, no se exalte usted, ni sea exagerado.

— Sin exageración ninguna le digo á usted, D. Frasquito, que hasta el mismo infeliz Humberto fué protector de regicidas y de anarquistas.

— No puede ser.

— Pues es: en 8 de Diciembre de 1854, el soldado Agesilao Milano intentó asesinar, hiriéndole con la bayoneta, al rey Fernando II de las Dos Sicilias. Destronado su sucesor Francisco II por la dinastía de Saboya, convertida en vergonzoso instrumento de las sociedades secretas y de la revolución, tributáronse honores cívicos al regicida Milano, y se concedió una pensión á su madre y hermanas. Humberto, como príncipe heredero, se asoció al homenaje de Milano, y como rey de Italia ha tolerado que se pagase la pensión. ¡Justos juicios de Dios, que castiga sin palo!

— Pero, santo varón, ¡si todo el Clero de Italia le tributa oraciones y honores fúnebres!

— Perfectamente; también Jesucristo Nuestro Señor pidió desde la Cruz á su Padre celestial que perdonase á los mismos que le crucificaban por no saber lo que se hacían. Pero yo le aseguro á usted que también son anarquistas, ó por lo menos cómplices y encubridores de los anarquistas todos, los neutros, convencionalistas y pasteleros que ponen una vela á Dios y otra al demonio.

— Para usted, por lo visto, todos son anarquistas.

— En cambio no me aterran como á usted, y los considero como instrumentos conscientes de las venganzas divinas.

— Vamos, Peyrolón, usted está loco.

— Alguna vez se me ocurre la misma idea, y digo: ellos ó yo; pero me tranquilizo al verles avergonzarse en teoría de lo mismo que ejecutan en la práctica.

— ¿Y no hay más anarquistas de guante blanco?

— Sí, señor; en quinto lugar, todos cuantos de palabra ó por escrito difunden doctrinas irreligiosas, inmorales y antisociales, sea en nombre de la escuela ó sistema que se quiera; en sexto lugar, son socialistas y anarquistas de guante blanco todos los que por medios privados, como la usura, ó públicos, como las contribuciones exorbitantes y los impuestos directos ó indirectos, obligan al pueblo trabajador á pagar lo que no puede, desmembran la propiedad gravándola con derechos de sucesión insostenibles y sujetan á tributación á las ánimas del purgatorio inclusive; en séptimo lugar, son socialistas y anarquistas de guante blanco (y llamo la atención de usted sobre este extremo, don Frasquito) todos los desamortizadores y hasta poseedores de bienes nacionales, que no les han costado ni la mitad de lo que valen, y en suma, todos los que se enriquecen por medios ilícitos para dar luego en rostro al misérrimo pueblo con sus placeres, despilfarros y fausto escandalosos.

— ¡Horrible, Peyrolón, horrible!

Y como toda su fortuna la debe don Frasquito á ese robo escandaloso, socialista y anárquico que lleva el nombre de desamortización, se puso encendido como la grana, cortó á golpe de hacha el diálogo y me dejó con un palmo de narices.

MANUEL POLO Y PEYROLÓN.

Y acercándose á la mesa, dejó sobre ella el billete; y con paso firme y la frente alta salió del despacho, y al atravesar la portería para salir á la escalera se limitó á decir al ordenanza, con voz algo trémula por las emociones sufridas: —Diga usted á su amo que sobre la mesa tiene un billete de cien pesetas que he encontrado en el suelo.

III

Tantas veces se ha hecho la descripción de una guardilla, qué hacerla una vez más sería perder el tiempo; diremos solamente que en la que habitaba la familia de González no se veían más muebles que una mesa medio desvencijada, cinco ó seis sillas algo más desvencijadas que la mesa, dos malos colchones doblados en un rincón, otro nada bueno sobre un catre, y algunas estampas encerradas en modestísimos marcos intentando adornar las paredes. Agréguese á esto un cofre y varios cacharros, y tenemos hecho por completo el inventario del ajuar.

Pero, eso sí, lo mismo la habitación que el mobiliario muy limpio y aseado. Pasemos á las personas.

Una mujer joven, aún pero sumamente demacrada, se hallaba á medio vestirse echada sobre el catre; á su lado y profundamente dormida una criatura de dos años. En un rincón tres niños pequeños llorando y pidiendo pan, y una niña, la mayor de todos, haciendo labor y procurando acallar á los otros contándoles cuentos y diciéndoles:

—¡Callad! que mamita está durmiendo; ahora vendrá papá y traerá pan... Pero la mamá, lejos de dormir, sufría y rezaba en el silencio...

IV

Tal era el cuadro que presentaba la guardilla de González, cuando éste penetró en ella de vuelta de casa del banquero. Al entrar apenas hizo ruido al abrir la puerta, que sólo estaba cerrada con picaporte; sin embargo todos advirtieron su presencia enseguida, y los tres pequeñuelos se acercaron á su padre diciéndole:

—Papá, ¿traes pan? Su esposa abandonó el pobre lecho, y se aproximó á González.

—¿Nada? —le preguntó. —Nada! —replicó González, apartando cariñosamente á los niños, que volvieron al lado de su hermanita que seguía cosiendo.

—¿El Sr. Arroita? —No es un hombre, es un perro; no tiene corazón y yo soy un animal.

—¡Tú! ¿Por qué? —González contó cuanto había pasado, y concluyó diciendo que estaba pesadoso de no haberse guardado el billete. —No, no; por Dios, Juan! Sólo me faltaba para morir de pena ser esposa de un malvado... Dios aprieta, pero no ahoga, Juan.

—Sí, pero á veces aprieta tanto que... —No blasfemes! ¡Calla! —Pan, ¿traes pan? —repitieron los chiquitines.

—Callaos, —les dijo la niña mayor con las lágrimas en los ojos. ¡También ella tenía hambre y callaba!

—No lo oyes, mujer? —Paciencia, Juan...!

—Me va faltando ya; cuando pienso que el tunante de Arroita guardó delante de mí lo menos diez mil duros. ¿Mal...?

—No lo maldigas, Juan; no lo maldigas. Compadécete porque no tiene caridad.

—Yo quiero pan, tengo hambre —repitieron los niños desde su rincón.

—¿Qué hago, Carmen?... —Vé á ver al Sr. Atienza.

—Sí, me dará dos, tres duros, tal vez cuatro, ¿y qué? Se va á aburrir, es demasiado abusar y demasiado humillarme yo, pudiendo trabajar.

—¿Te dan trabajo? ¿Qué culpa tienes? Y humillación no lo es para un padre el pedir pan para sus hijos.

—Voy, voy... —Traerás pan, papá! —dijeron los niños, viendo que su padre se disponía á salir.

—Sí, hijos míos, esperad un poco.

—Ya hace mucho que esperamos, —replicó ingenuamente un rubito de unos siete años.

—Carmen, ¿qué será de nosotros? ¿Qué será de ellos?... Y tratando de ocultar su emoción, González se dirigió á la puerta.

—¡Espera! —le dijo Carmen. Juan se detuvo: su esposa se dirigió al cofre, que abrió, y después de buscar algo en él se acercó á Juan y le dijo en voz baja, para que los niños no lo oyesen:

—Por si no está el Sr. Atienza, ó no te da nada, toma: por ser el único recuerdo que de mi madre me quedaba, he guardado esta cruz hasta ahora; además, aunque es de oro, como es tan pequeña apenas te darán dos duros, pero si no hay otro remedio empéñala ó véndela.

Y Carmen, al decir esto, apenas podía contener sus lágrimas.

—¡Pobre Carmen! ¡Hasta la cruz de tu madre!

—¿Qué importa, si es para que coman nuestros hijos!

Estando en esto, dieron un golpecito á la puerta.

—Adelante —dijeron á una Juan y Carmen.

Se levantó el picaporte, la puerta se abrió, y un, al parecer, criado preguntó.

—D. Juan González.

—Servidor... —Esta carta es para usted. Queden ustedes con Dios.

—¿No espera respuesta? —preguntó Juan al coger la misiva.

—No señor.

Y el mensajero se retiró.

González rompió el sobre, desdobló el plieguecillo que tenía delante, y al hacerlo, dos papeles cayeron al suelo. Eran dos billetes de á cien pesetas.

—¡Dios mío!

—¿Qué es esto? —exclamaron á la vez ambos esposos con alegre sorpresa.

—¿Ves, Juan, como no hay que desconfiar? ¿Y de quién es?

—González leyó la firma: *Julián Arroita*.

—¿De él? Lee, Juan, lee.

—La carta decía así:

—Muy señor mío: No soy duro de corazón como muchos piensan, y usted habrá creído indudablemente; soy solamente un hombre desconfiado, porque á serlo me ha enseñado la experiencia; tengo el sistema de no hacer caso de recomendaciones, pero me gusta proteger y amparar á los que se recomiendan por sus obras. El billete que usted encontró en el suelo lo dejé caer intencionadamente, é intencionadamente me mostré con usted en extremo duro y grosero: quería probarle á usted. Exponía en ello 20 duros á cambio de encontrar un hombre honrado; era un buen negocio, y lo quise aprovechar. Usted salió victorioso, y le ruego perdone el que dudase, pues no dudé de usted sino porque desgraciadamente dudo de todos.

Está usted colocado en mi casa con doce mil reales anuales; si necesitase más se los facilitaré.

Mañana, á las nueve de la misma, le espero en esta su casa para darle posesión del empleo. No se moleste en venir hoy, pues no estaré en casa; consagre el día á su esposa y á sus hijos.

Suyo afectísimo servidor,

JULIÁN ARROITA.

¿QUÉ IMPORTA!

¿Qué importa que el mar bravío sacuda con saña fiera,

de sus ordas, la cimera, de su imperio el poderío; si el Papa con su navío recorre las soledades á través de las edades, viendo hundirse en lo profundo, á los piratas del mundo cargados de iniquidades!

¿Qué importa que el régio manto cuya fimbria reverentes besan los pueblos creyentes, mojada esté con el llanto del Papa infalible y santo; si yacen hechos jirones los mantos de las naciones, que en frente del Vaticano, alzaron con torpe mano de su orgullo los pendones.

¿Qué importa que el rey clemente, en su alcázar prisionero, con acento lastimero sus males refiera y cuente; si entre la perdida gente que hizo brecha en sus murallas, no está el Dios de las batallas, que desconcierta los planes de los bravos capitanes, poniendo al infierno vallas!

¿Qué importa que el invasor, con su cetro fementido, burlar haya pretendido de San Pedro al sucesor; si nunca muere el Señor, que fundó el Pontificado, y después de bien fundado en medio de un pueblo impio, está el sepulcro vacío de Cristo crucificado!

No temáis los afligidos contempláis al sol de Roma, el Dios que incendió á Sodoma escuchará los gemidos de los pueblos convertidos, y azotando sus bridones, al frente de sus legiones combatirá por el Papa, y hará pedazos el mapa que trazaron las naciones.

Y si arrece el temporal, aún tenemos catacumbas para llorar en sus tumbas y hacer vida sepulcral; y con acento marcial un *Te Deum* entonaremos, al ver que por fin volvemos á vivir como los Santos, y al compás de nuestros cantos «¡Viva el Papa!» gritaremos.

El Obispo de Menorca.

CAPÍTULO II

Pasó una hora, durante la cual el padre José oraba siempre, y el herido dejaba oír un lento y penoso gemido, que fué haciéndose más débil hasta que cesó del todo.

El sacerdote se inquietaba; las brisas de la noche podían hacer daño al herido, y cuando se piensa que de una hora, de un instante, pende la vida de un hombre, es cuando se sabe apreciar el valor del tiempo, pues contamos sus

—Es que D. Guillermo, dijo el otro, era ya militar, allá en las Españas, antes de venirse á Cuba.

—Bueno, hombre, pero se había retirado... si lo sabré yo que le conozco como á tí... ¡y vaya un genio que tiene!... siempre parece que lleva una nube en la frente.

—Vamos, hijos míos, vamos, no perder tiempo: dadme ese manto, aunque la noche es templada la brisa es húmeda, y además él está helado....

—Padre, será el coronel uno de los que hoy han caído en una emboscada cerca de aquí en la rambla alta... dicen que no ha quedado uno á vida!... Esos perros salvajes odian á los jefes blancos... De veras, padre, que ellos no valen la sangre que cuestan.

—Vamos, vamos en marcha; Dios les toque á todos en el corazón.

—Pero, padre, dijo el que parecía

—Ah! ¿podéis creer que yo lo hiciera No; ¡irá Tigre en mi lugar!

El perro se aproximó á su dueño al oír su nombre, y le miró atentamente.

—Ven aquí, Tigre, mi pobre amigo: es preciso que vayas á casa, y en tanto que esto decía acariciaba la cabeza del noble animal, y ataba á su cuello una cinta roja que debía ser una señal.

Después le gritó dándole una palmada en el lomo:

—A casa! pronto! ¡vete!...

El perro le escuchó atentamente y partió á escape.

—No tardará en volver, dijo el padre José; entre tanto, hijo mío, descansa, y yo pediré á Dios su misericordia para vos!..

Al decir esto se arrodillaba junto al herido y unía sus manos para orar.

El padre José era muy joven; su hermosa cabeza parecía radiar una luz

# ANUNCIOS



## ALMACENES MONTANER

SINDICATO, 2 a 10 y MILAGRO, 4 11

La casa que presenta mayores surtidos  
La que vende más barato.  
La que proporciona mayores ventajas a  
sus parroquianos.

Se expenden a precios sin competencia  
artículos especiales para señores  
Sacerdotes, Ornamentos Sagrados y Esta-  
tuaria religiosa.

Objetos de Plata Meneses especiales para  
el Culto Divino y servicio de mesa.

Lençería y artículos de punto, Pañería y  
Novedades para Señora y Caballero.

Queda instalado en esta casa un departa-  
mento especial de trajes tales y Orna-  
mentos Sagrados.

## PRECIOS BARATOS

Y GÉNEROS BUENOS

## TIENDA NUEVA DE SAN JOSE

Brondo 7-ANTIGUA CASA BRONDO-Brondo 7

Se acaban de recibir los géneros de la presente temporada

Rico surtido en lanas para vestidos de Señora.—Pañe-  
ría en todas clases y tamaños.—Tapicerías, ramos,  
yutes, cortinajes, alfombras, géneros de punto, medias,  
calcetines, camisetas y calcetines en todas clases y ta-  
maños.

Especialidad en telas blancas.—DJO.—Sorprendente regalo-DJO!

## LOMBRICES

**Elixir Vermífugo LLULL Farmaceutico**  
Son Servera

Este ESPECIFICO CONTRA LAS LOMBRICES RECOMENDADO  
POR LOS PRACTICOS MAS DISTINGUIDOS DESDE 1871 ES  
LA MEJOR GARANTIA QUE PUEDE DARSE  
DEPOSITOS

Farmacia Llompart Call - Centro Farmaceutico, demas farma-  
cias y droguerias en Baleares y en las de España y Extranjero.

# LA HORMIGA DE ORO

## ILUSTRACION CATOLICA

Que se publica los días 7, 15, 22 y último de cada mes en cuadernos de  
16 páginas a dos columnas, en las que tienen cabida variedad de lecturas  
amenas e instructivas, a la vez que magníficos grabados representando  
retratos de personajes, asuntos de actualidad, cuadros notables, composi-  
ciones humorísticas, etc., etc., sujeto todo a la más estricta moral.

El conjunto anual de la publicación forma un hermoso volumen en  
fólio, de cerca 800 páginas de texto, con centenares de grabados

Esta publicación **REGALA** anualmente a sus abonados una no-  
vela escogida de buen fondo y sana moral, sujeta a la censura eclesiástica.

El precio de suscripción es de diez pesetas al año, y se suscribe en  
Barcelona, calle de Hércules, núm. 3, y demás librerías católicas de  
España.



## Devocionarios

de LUJO y ECONÓMICOS

### Encuadernaciones Modernistas

Preciosos estuches con Devocio-  
nario, tarjetero y monedero.

Se ha recibido un grande y variado  
surtido en la librería de

**AMENGUAL Y MUNTANER**  
Cadena, 2.—Palma

Sucursales en Inca y Manacor

PALMA.—Tipo-fotografía de Amengual y Muntaner.

# SELLOS de GOMA

**AMENGUAL Y MUNTANER.**—Cadena 2.—Palma.

### EL SECRETO DE UN CRIMEN 68

misteriosa... Su frente era blanca y  
pura como la de un niño, sus ojos ne-  
gros, hermosísimos, con una mirada de  
bondad que llegaba al alma; su voz  
muy dulce y muy simpática.

Al verlo allí, en el fondo de una sel-  
va rogando por un desgraciado, se le  
hubiera creído un mensajero del cielo  
encargado de secar lágrimas y repartir  
consuelos.

### 71. BIBLIOTECA DE «LA TRADICIÓN»

te desgraciado quizá se hubiera muerto  
sin auxilio.

—¡Dios mío! Pues si ya lo está, dijo  
el otro hombre retrocediendo.

—No; gracias a Dios, sólo está ale-  
targado; ha perdido mucha sangre y  
está muy débil: vamos a colocarle en la  
camilla, pero con mucho cuidado.

la herida es en el pecho.

Los dos hombres se acercaron en  
silencio, y uno de ellos, al levantar por  
los hombros al herido, exclamó con ex-  
trañeza:

—¡Pues si es el coronel Rojas!

—¿Le conocéis? preguntó con interés,  
el padre José.

—¡Yo lo creo, padre! Es un riquísi-  
mo propietario de Puerto Príncipe, que  
hace cinco años, cuando los negritos  
dieron el grito de libertad, tomó el fusil  
de voluntario, y como dicen que peleó  
como un león, ya es coronel.

### EL SECRETO DE UN CRIMEN 70

átomos como granos de arena que res-  
balan en el reloj de la vida.

Y era, en verdad, un hermoso espec-  
táculo aquél en que el sacerdote de al-  
ma pura unía sus manos consagradas  
para rogar por un desconocido.

El amor, la caridad, las leyes santas  
de la fraternidad humana, base noble  
y segura de la sociedad cristiana, pal-  
pitaban en aquel dulce cuadro, rodeán-  
dole de un misterioso manto.

Al fin, la impaciencia del padre José  
tuvo término.

El perro apareció saltando alegre-  
mente, y dos hombres detrás, llevando  
una camilla de campaña.

—Buenas noches, padre José, dijo  
uno de ellos; según parece el paseito no  
ha sido en balde.

—Así es, hijo mío, contestó con su  
acostumbrada dulzura el sacerdote; es-